don se lanza fuera de los límites de los mundos, arrastra al traidor, y desciende con él á la entrada de la Gehenna.

El réprobo se retuerce, y quiere huir de nuevo; pero obligado á inclinarse bajo la espada de fuego del Angel exterminador, llega al inmenso pórtico del Infierno. Los serafines á quienes el Eterno ha confiado su guarda, reconocen á Obaddon y el alma maldita que conduce.

Las puertas de diamante crujen girando sobre sus goznes y se abren. Las montañas de todos los mundos reunidos no bastarian para llenar la inmensa boca de este inflamado cráter. El Angel de la muerte se detiene allí.

El Infierno no tiene senda que conduzca á sus profundidades. Desde de su misma entrada, rocas gigantescas ruedan, chocan y se confunden entre las llamas, que brotan por todas partes y hienden las rocas sin destruirlas.

Sobre el más alto pico de estas abrasadas rocas está el Terror: pálido, mudo, desgreñado, con la cabeza herida de vértigos, y los ojos fijos y saltando de sus órbitas, mira al fondo del precipicio. El Angel exterminador vuelve la cabeza, inclina su espada hácia el abismo, y exclama con voz de trueno:

—«Judas Iscariote, he aquí la mansion de los réprobos; he aquí tu mansion. El Mesías muere en la cruz para redimir á los pecadores de la muerte eterna que reina en este lugar, y esta muerte, ya lo ves, no es el sueño de la nada.»

Dice, y precipita al réprobo en las profundidades del Infierno. Luego alza otra vez su vuelo rápido, atraviesa el Empíreo, y volviendo cerca del Gólgota, espera de nuevo las órdenes de la Divinidad irritada.

CANTO X.

Jesús dirige una mirada á Satanás y á Adramelech, que se habian refugiado á orillas del mar Muerto, y los príncipes de las tinieblas sienten dolores horribles.—Las almas de los futuros cristianos son conducidas por sus ángeles custodios á habitar los cuerpos que las esperan sobre la Tierra.—El Mesías las bendice.—Las almas de los patriarcas y de los profetas se reunen bajo las palmeras de Gethsemaní, donde conversan sobre la pasion del Redentor.—Las almas de Simeon y de Juan el Precursor, de Miriam y y de Débora expresan su dolor en cantos solemnes.—Los fieles, abrumados de tristeza, se alejan del Gólgota.—Lázaro sigue á Lebbeo á los sepulcros, donde este discípulo se refugia, y le consuela haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que fué resucitado por el divino Maestro.—Uriel anuncia á los serafines y á los patriarcas la llegada del Angel de la muerte.—Henoch, Abel, David y Seth cantan himnos de duelo. Adam y Eva deploran amargamente su pecado, y oran por la salvacion del género humano.—Llega el Angel de la muerte.—Detiénese en el monte Sinai, desciende al pié del Gólgota, adora al Mesías, se levanta y le hiere como el Eterno le ha ordenado.—Jesús pronuncia las últimas palabras que debia hacer oir sobre la Tierra, y muere.

Adelanto en mi camino santo y temible: me acerco al momento de la muerte del Mesías; muerte sublime, que no es más que un sacrificio de amor. ¡Que este pensamiento consolador me sostenga, y me haga evitar los escollos que me amenazan! A mi derecha me grita una voz:—Sé tímido y reservado, porque cantas un Dios; y á mi izquierda otra voz me grita:—Sé ardiente y solemne, porque cantas un Dios.

¡Ah! yo no soy más que un débil mortal. ¡Oh Dios! tú que conoces mis pensamientos antes de que se desenvuelvan en mi cerebro, sostén mi voz temerosa, y haz que un

rayo de tu gloria ilumine mi alma, ávida de conocerte y adorarte.

El trono del Eterno, antes resplandeciente y rodeado de legiones de ángeles con arpas de oro, está ahora tenebroso y desierto. El primero de los ángeles de la muerte está solo prosternado en las gradas del trono, y espera con santo terror la órden que presiente y le hiela de espanto.

La naturaleza aparece siempre envuelta en un largo velo de luto, y á través de este velo, el Eterno deja caer sobre el Mesías una mirada, que él solo ve y comprende. Su palidez aumenta; sus ojos medio extinguidos se vuelven hácia el sepulcro recientemente abierto en una roca, no lejos del Gólgota, y su pensamiento se dirige al Eterno.

—«He allí, Padre mio, el sombrío seno en que este cuerpo que tomé de la Tierra va á dormir el sueño de la muerte. Dígnate enjugar las lágrimas que van á correr por mí. ¡Misericordia para los que lloren por tu hijo y creen en él! ¡Misericordia cuando les envies la muerte! Bien lo sé; ella es el arma más terrible de la Divinidad. Ningun sér creado la conocerá jamás tal como yo la siento: una sola gota del océano de dolor en que me ha sumergido, llevaria la desesperacion á todo el género humano. Misericordia para él, Padre mio: ten piedad del desgraciado que, luchando con el infortunio, ha sabido serte fiel; ten piedad del amigo leal y del hombre humilde y compasivo; ten piedad del rico, del poderoso que se sirve de los bienes de este mundo para aliviar á sus hermanos; ten piedad de todos, cuando la destruccion reclame sus cuerpos, y tú sus almas. ¡Dios de bondad, Padre mio! En nombre de esta corona que ensangrienta mi frente, en nombre de la agonía que hiela la médula de mis huesos, en nombre de este amor infinito que me hace morir en la cruz, oye mi plegaria.»

Así piensa el Mesías. Su mirada se aparta del sepulcro, y se dirige al mar Muerto: el espanto rápido y terrible precede y sigue á esta mirada. Satanás y Adramelech, reclinados en la escarpada costa de este mar, se levantan rugiendo, semejantes á las colinas que agita y trastorna un fuego subterráneo.

Los dos príncipes de las tinieblas sienten que la promesa de Dios, hecha en el valle del Eden, á la caida del primer hombre, acaba de cumplirse: el Mesías ha quebrantado la cabeza de la serpiente, y el Infierno entero ha comprendido su derrota.

Torturado por padecimientos superiores á cuantos ha sentido hasta ahora, Satanás oprime una roca entre sus crispados dedos y la reduce á polvo: sordos gemidos interrumpen las palabras, que de este modo dirige á su compañero de oprobio y de desgracia:

—«Adramelech: ¿sientes tú como yo bajar á cada uno de los pliegues del corazon tormentos nuevos y horribles sobre toda expresion? Escucha, pecador eterno, maldito, réprobo: yo, eterno pecador, réprobo y maldito como tú, voy á decirte lo que siento. Los Infiernos juntos no tienen en sus profundidades horrendos colores bastante negros para trazar semejante cuadro, bien lo sé; pero no importa: es menester que conozcas mis torturas, y si tú padeces menos que yo, maldito condenado, quiero que á lo menos temas una suerte igual á la mia. Juzga de mis tormentos: el aspecto de tus males no me regocija ya. No es esto todo, no: el abatimiento en que he caido no tiene límites; pues me obliga á reconocer que el Eterno es omnipotente. Si, es omnipotente. Y yo... yo, ¿qué soy?... El monstruo más horroroso de los abismos: los abismos y todas sus maldiciones pesan sobre mí. ¡Miserables de nosotros! Ni siquiera nos

ha juzgado dignos de ser arrojados por él mismo á estas malditas orillas: uno de sus ángeles nos ha ordenado huir, y... hemos huido. Y este ángel nos ha hablado en nombre del Mesías, y... hemos huido, y el Mesías expira en este momento. ¡Horrible misterio! mis vanos esfuerzos por penetrarte son un anatema, una tortura más para mí. ¡Infiernos, mundos, cielos, volved al negro caos, caed sobre Satanás y ocultadlo á la cólera del Eterno!...»

Así habla el Rey de las tinieblas.

Adramelech, el soberbio, el audaz Adramelech, le mira con fiera desesperacion, y haciendo un penoso esfuerzo, exclama:

—«¡Socórreme, Satanás! ¡Oh! ¡socórreme! Me humillo hasta implorarte, y si lo exiges, te adoraré.»

Esta palabra, arrancada por un horrible dolor, le devuelve un resto de energía; y rodeando á Satanás con su brazo de hierro, lo sacude con rabia, y aulla estas palabras frenéticas:

—«Satanás, el más negro de los condenados, socórreme! yo sufro mil y mil condenaciones... No me queda ni aun la fuerza de odiarte como te odiaba antes. ¡Oh vergüenza de los Infiernos! Quisiera maldecirte, ¡é invoco tu auxilio!.... Sí, yo sufriria menos, si pudiera lanzar sobre tí las devoradoras llamas de la maldicion. Quiero este poder; lo quiero.»

¡Oh terror de los orgullosos! Adramelech recae, y queda mudo é inmóvil.

Así sufren los dos la sentencia del Mesías; golpe terrible que hiere al mismo tiempo á los demás príncipes de las tinieblas, cuyos gritos de desesperacion atruenan los abismos y espantan á los condenados.

¡Basta, Musa de Sion, basta! Deja caer otra vez el velo

que cubre los horrores de la Gehenna. Santos y divinos sufrimientos, que rescatan la especie humana para su Creador, reclaman tus cantos.

Jesús dirige ahora su pensamiento y su mirada á las legiones de inmortales que gimen y lloran al rededor de la cruz, y los contempla en toda la plenitud de su amor y misericordia. La reunion de las almas que no han descendido aun á los vasos mortales que las esperan, les causa una dulce satisfaccion; pues sabe que el paso de estas almas por la Tierra formará una de esas épocas memorables, que son para los siglos futuros un manantial inagotable de ventura. La posteridad recuerda rara vez á los seres generosos que la han santificado de antemano; pero sus virtudes, tan pronto olvidadas por los hombres, se reflejan en las bellas acciones que inspiran los sublimes ejemplos que dejaron; á la manera que la piedra caida ya en el fondo de las aguas, deja en la superficie un círculo, que se estremece y extiende hasta sus floridas orillas

La más bella de estas almas procura definir sus vagas inquietudes: un rayo de la luz divina, que ha de guiarla durante su permanencia en la Tierra, la ilumina de repente y le inspira este dulce pensamiento:

—Sí, lo presiento, es el Hijo del Eterno el que muere en la cruz. Su semblante irradia como los soles de las regiones que nosotros habitamos; pero su esplendor es más suave y celestial. Tampoco se parece á nuestros amigos los ángeles: su forma seria la de los hombres que le rodean, si el semblante de estos fuera menos sombrío, si una mano poderosa pudiera borrar de sus facciones la expresion de bajeza y orgullo que los afea. Nosotros tambien vamos á ser hombres y á habitar cuerpos perecederos... ¿Existen en lo infinito muchas especies humanas, ó vemos en fin á nuestros futu-

ros hermanos? Un vago recuerdo me dice, que el mundo que ví, cuando Adam salió de las manos del Creador, era más bello y risueño. Hágase tu voluntad, Padre de los ángeles y de los hombres; hágase tu voluntad, Hijo del Eterno..... Entre todos los misterios de los Cielos, el que se cumple en este momento es el más impenetrable. Torturado por padecimientos horribles, el Mesías siente que el principio de la vida huye de él; y vosotros, serafines, vosotros que os complacíais antes en contestar á todas mis preguntas, ¡guardais ahora silencio! Este misterio ¿tendria menos importancia para vosotros que para las almas destinadas á revestirse de cuerpos mortales? Divino Mediador, ¿qué ardiente amor me arrastra hácia tí? Si yo pudiera merecer que me amases como te amo, entonces acaso se borraria la mancha que echó sobre mí el pecado del primer hombre, y podria ser admitido á la contemplacion divina. Señor del Universo, sácia esta sed de beatitud que me has dado, y haz que pueda acercarme á tí, porque cerca de tí únicamente está la paz y la felicidad.»

Así piensa esta alma próxima á entrar en la vida. La hora solemne que comienza su porvenir y el de sus compañeras acaba de sonar. Con una mirada ordena Jesús á sus ángeles custodios conducirlas á sus cuerpos; bendícelas después, y les dice con el pensamiento:

—«¡Id y vivid! Creed, y vencereis por mí; porque aun no existian los mundos, y yo os amaba ya.»

Musa santa que me inspiras, refiere los hechos que santificarán la vida de estas almas piadosas. El Mesías no les permite conservar el recuerdo de la felicidad que han sentido viéndole en la cruz; pero los pensamientos sublimes que esta vista les ha sugerido permanecerán en ellas y las sostendran hasta la muerte.

La más bella de estas almas era la tuya, noble Timoteo (1): tú recibirás con fé ardiente la ley de Cristo muerto y resucitado; y apenas salido de la adolescencia, tendrás ya la fuerza necesaria para guardar un rebaño de fieles que te llevará Pablo, el más firme defensor del Dios que antes persiguiera; y cuando caigas víctima del furor de tus verdugos, tu muerte, más sublime aun que tu vida, iniciará á mil y mil pecadores en la vida eterna. En la gran reunion de los muertos, el Mesías os llamará á todas, almas bienaventuradas, que antes de descender á cuerpos mortales le habeis visto padecer por vosotras.

Tu nombre, valeroso Antipas (2), será pronunciado por él, cuando en las playas de Páthmos ordene el porvenir de los fieles. Tú amarás á tu Salvador con amor puro y constante, y morirás al fin por él.

Y tú, Hermas, tú cantarás al Hijo del Eterno con todo el ardor de una santa pasion, y tus salmos serán recogidos por los fieles, á quienes la persecucion habrá obligado á buscar un refugio en las cavernas solitarias, y los repetirán en alta voz cuando suene para ellos la hora de marchar al suplicio.

Alzándose por encima de todas las debilidades de su sexo, Febe se consagrará enteramente al servicio del Dios muerto y resucitado: llevará socorro á los pobres, consuelo á los enfermos, y para los moribundos será su dulce palabra

(1) Timoteo era discípulo de San Pablo. Llegó á ser obispo de Éfeso, y fué apedreado queriendo oponerse á una fiesta que los habitantes de Éfeso celebraban en honor de Diana.

(2) Uno de los primeros mártires y el único de que habla San Juan en su Apocalipsis. Los demás personajes que el poeta designa son más ó menos célebres entre los primeros cristianos. No hay uno de que no se hable más de una vez en los *Hechos y Epístolas de los Apóstoles*, y las breves noticias que da aquí de sus vidas son biografías muy exactas.

intérprete de la divina misericordia. Poco conocida de los habitantes de la Tierra, los ángeles la guardarán y la conducirán casta y pura al seno de Cristo, único objeto de su amor.

La sed del saber hará errar mucho tiempo á Herodion por el espinoso campo de la ciencia mundana; pero acabará por reconocer que aquel que á su paso por la Tierra se ha señalado menos aun por sus milagros que por la verdad de su enseñanza, es el único maestro que debe seguirse; y entonces la luz del Cielo abrirá sus ojos, y él vivirá y morirá por su Redentor.

Épafras, tan ardiente como piadoso, tendrá la gloria de participar de la prision de Pablo en la ciudad de las siete colinas. Sus fervientes ruegos harán descender las bendiciones del Cielo sobre toda la cristiandad naciente, y en particular sobre sus muy amados. Su celo y su piedad sostendrán mucho tiempo á los habitantes de Laodicéa en el camino de la salvacion; y cuando el profeta de Jesús pronuncie en las costas de Páthmos la sentencia de esta ciudad tibia y vacilante, por consideracion á Épafras esta sentencia dejará entrever un rayo de esperanza, prometiendo blancas vestiduras y coronas á los pecadores arrepentidos (1).

La dulce y piadosa Persida será probada por la desgracia y el dolor, y sus ruegos y lágrimas le abrirán las puertas del Cielo.

Apeles menospreciará la fama, que con tanta frecuencia calumnia ó persigue á la virtud, y nunca le ofrece sino

(1) Imitacion del capítulo III del Apocalipsis. En este capítulo dice San Juan, que el Mesías le ha ordenado escribir al Angel de la Iglesia de Laodicéa (una de las siete primeras establecidas en Asia) para comprometer á los laodicenses, que no eran *tibios ni ardientes*, á ser verdaderos cristianos.

recompensas indignas de ella; menospreciará el aplauso del mundo y aun la aprobacion del sábio, porque la sabiduria humana, por perfecta que sea, no puede juzgar sino las acciones: la intencion se le escapa siempre. Y la accion es la enroltura grosera y visible; la intencion es el soplo celestial á que no alcanzan los órganos terrenos. Apeles no tendrá nunca más deseo que seguir las huellas de su divino Salvador.

Flavio Clemente, próximo deudo de César, renunciará voluntariamente á todas las ventajas de este brillante parentesco. Los romanos le reprocharán diciendo, que pasa la vida en una muelle ociosidad y ofende el honor de la patria; pero él permanecerá fiel á sus deberes de cristiano, que serán siempre los más sagrados á sus ojos. Hará cuanto pueda hacer un mortal para ganar la corona del martirio. La conviccion de que los esclavos que se arrastran al rededor del trono no podrian comprenderle, le impedirá arrostrarlos abiertamente en la corte de su soberano; pero no por obrar en un círculo menos elevado, su celo y su fervor dejarán de ser más útiles á sus hermanos y más agradables á su Dios.

El orgullo y el desaliento serán desconocidos de Lucio. Sin descuidar uno solo de sus deberes para con los hombres, consagrará parte de sus dias á santas meditaciones, y en una de estas santas horas le llamará Dios á sí.

Que os sirva de guia el ejemplo de la jóven Trifena á todas las que, como ella, vivais en medio de los enemigos de vuestro Dios. Este amor puro y vehemente, que solo las almas virtuosas pueden conocer, será el que Trifena sienta por un hombre dotado de todas las cualidades que agradan y seducen; pero este jóven será pagano y querrá morir en su error, y la cristiana renunciará á verle. Esta